

Visión + Desarrollo

DIRECCIÓN DE DESARROLLO Y POSTGRADOS

POSTGRADOS
UAUTÓNOMA

nº9
Julio 2026

Dr. Teodoro Ribera Neumann

*“Universidades y confianza pública
en la era de la inteligencia artificial”*

*Inteligencia artificial en
la educación superior:
el aseguramiento de la
calidad como brújula*

—
Dra. Francisca Gómez

*Un desafío más
para la educación*

—
Sara Rojas

*Internacionalización
universitaria: nuevos desafíos
para una ciudadanía global
competente*

—
Ana María Heredia

*Construir ciudadanía
en la era de la
inteligencia artificial*

—
Humberto Salas



ÍNDICE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHILE



Dr. Teodoro Ribera Neumann

Rector de la Universidad Autónoma de Chile y exministro de Relaciones Exteriores

Universidades y confianza pública en la era de la Inteligencia artificial Pág. 06

Dr. Hernán Viguera Figueroa

Vicerrector Académico, Universidad Autónoma de Chile

Cuando la IA resuelve, ¿quién piensa? Pág. 11

Dra. Francisca Gómez Gajardo

Vicerrectora de Aseguramiento de la Calidad, Universidad Autónoma de Chile

Inteligencia artificial en la educación superior: el aseguramiento de la calidad como brújula Pág. 14

Dr. Iván Suazo Galdames

Vicerrector de Investigación y Doctorados, Universidad Autónoma de Chile

Ciencia artificial y asimetría global en la producción del conocimiento Pág. 17

Dr. Mauricio Vial Gallardo

Director General de Vida Universitaria y Comunicaciones, Universidad Autónoma de Chile

IA y vida universitaria: más allá del algoritmo Pág. 20

Dr. Víctor R. Yáñez Pereira

Director Académico de Postgrados, Universidad Autónoma de Chile

La inteligencia artificial y el riesgo de reproducir desigualdades Pág. 23

Humberto Salas Jara

Director Corporativo de Vinculación con el Medio, Universidad Autónoma de Chile

Construir ciudadanía en la era de la inteligencia artificial Pág. 26

Sara Rojas Caipillán

Líder de la Oficina de Inteligencia artificial de la Vicerrectoría de Tecnologías de la Información, Universidad de Chile

Un desafío más para la educación Pág. 29

Ana María Heredia Rodríguez

Directora de Relaciones Internacionales e Interinstitucionales, Universidad La Gran Colombia Seccional Armenia

Internacionalización universitaria: nuevos desafíos para una ciudadanía global competente Pág. 32

Adriana Aguinaga

Docente e investigadora Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.

Daniela Sala

Prosecretaría de Enseñanza, docente e investigadora Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.

Canela Gavrila

Secretaría de Posgrado, docente e investigadora Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.

Formación en Trabajo Social e IA: innovaciones y desafíos Pág. 35

EDITORIAL

La IA que llegó para todos y solo alcanzó para algunos

Hay una pregunta que las universidades chilenas evitan hacerse en voz alta. No porque no tengan la respuesta, sino porque la respuesta es incómoda: si el acceso a las herramientas de inteligencia artificial de mayor calidad cuesta entre 20 y 30 dólares al mes, ¿de qué democratización estamos hablando exactamente? Desde 2023, se ha difundido la idea de que la IA generativa ofrece una oportunidad única para igualar el acceso al conocimiento. Tendría, por primera vez, acceso a un tutor disponible a las tres de la mañana, capaz de revisar su tesis, explicarle termodinámica o simularle un examen oral. Eso es verdad. Y no es poca cosa. Sin embargo, los datos revelan una realidad más compleja.

Según cifras del Sistema de Información de Educación Superior (SIES), más del 50% de los estudiantes en Chile son de primera generación. Muchos de ellos trabajan, dependen de conectividad móvil y acceden a versiones gratuitas y limitadas de estas herramientas, mientras que en otras instituciones y otros estratos utilizan versiones premium con capacidades superiores. La verdadera brecha no es de conectividad, sino de calidad de acceso, un aspecto que aún carece de un indicador oficial.

Un estudio de Arum et al. (2025) en una universidad estadounidense mostró que el 48% de los estudiantes de generaciones consolidadas conocía ChatGPT, frente al 34% de los de primera generación. En el uso para tareas académicas, la brecha se mantenía: 11% versus 7%. Aunque estas diferencias puedan parecer menores, se acentúan a lo largo de la carrera y en un mercado laboral donde el manejo de estas tecnologías se ha vuelto un requisito.

En este marco, la ausencia de políticas claras es preocupante. Una encuesta de la UNESCO (2023) reveló que menos del 10% de las instituciones educativas han desarrollado orientaciones formales sobre el uso de la IA generativa. Este vacío permite que cada institución improvise, lo que se traduce en restricciones o en celebraciones sin análisis crítico. Farinosi y Melchior (2025), en un estudio con más de 1.300 estudiantes universitarios en 24 instituciones, documentan que prohibir la IA es impráctico y no prepara a los estudiantes para un entorno donde coexisten agentes humanos y artificiales. Además, un 81% de los encuestados opina que, aunque la IA requiere regulación, vetarla no es la solución.

De hecho, existen ejemplos de cómo la IA puede actuar como un nivelador real. Plataformas como Khan Academy han integrado estas herramientas para personalizar el aprendizaje en contextos de escasos recursos, mostrando

resultados prometedores. El argumento es válido: si un estudiante de primera generación carece de redes de apoyo, una IA bien utilizada puede compensar parte de esa desventaja. Sin embargo, este argumento se sostiene en condiciones que Chile no garantiza sistemáticamente. Matjie et al. (2026) advierten que la inclusión de esta tecnología en la educación no beneficia a todos por igual, y su eficacia depende de contextos previos de ventaja.

En América Latina, los déficits en alfabetización digital, infraestructura desigual y formación docente fragmentada obstaculizan cualquier estrategia de innovación con IA. La coexistencia de estudiantes con acceso a herramientas avanzadas y aquellos sin computadoras no es un asunto anecdótico; es una realidad que cualquier política que lo ignore reproducirá la desigualdad existente.

En nuestro país esto tiene una traducción institucional concreta y poco discutida. Las universidades con mayor capacidad para integrar la IA de manera pedagógicamente responsable son, en su mayoría, las que atienden a estudiantes que ya tienen ventajas comparativas de origen. Y las que atienden a quienes más se beneficiarían de una buena integración son las que tienen menos recursos para hacerlo. Nadie lo dice así en los seminarios de innovación educativa.

Entonces, no se trata de un problema tecnológico. Las herramientas de IA están disponibles y en constante mejora. La verdadera cuestión es: ¿a quién se le transfiere la responsabilidad de aprender a usarlas adecuadamente? Si esa carga recae en estudiantes que enfrentan desafíos como trabajo nocturno y conectividad intermitente, lo que se está haciendo no es innovar, sino reproducir desigualdades.

La pregunta que queda abierta no es técnica ni pedagógica. Es política, en el sentido más preciso del término. Si la IA amplifica las capacidades de quien ya sabe usarla, ¿qué decisión institucional estamos dispuestos a tomar para que esa amplificación no sea solo un privilegio más? Y si la respuesta es que esa decisión le corresponde a cada universidad por separado, ¿alguien puede explicar por qué el acceso a una educación de calidad debería depender del código postal donde nació el estudiante?

Dr. Gustavo Niklander Ribera
Director de Desarrollo y Postgrados
Universidad Autónoma de Chile



COMITÉ EDITORIAL

Director

Dr. Gustavo Niklander Ribera

*Director de Desarrollo y Postgrados
Universidad Autónoma de Chile*

Redacción, edición y diseño

Dirección Corporativa de Comunicaciones (DIRCOM)

Equipo editorial

Dr. Víctor Yáñez Pereira

Director Académico de Postgrado

Natalia Berríos Reyes

Directora Tecnologías Virtuales

Esteban Barahona Jiménez

Director Comercial y Gestión de

Procesos de Postgrado

01

Universidades y confianza pública en la era de la inteligencia artificial



ENTREVISTA



DR. TEODORO RIBERA NEUMANN

Rector de la Universidad Autónoma de Chile y exministro de Relaciones Exteriores

La inteligencia artificial (IA) ha dejado de ser una promesa tecnológica para convertirse en una fuerza transformadora de alcance global. La última encuesta del Foro Económico Mundial dirigida a directores de estrategia (2025) identificó la comercialización de la IA y las tecnologías emergentes (72%), junto con la fragmentación geoeconómica (52%), como las tendencias que más influirán en las estrategias de negocio durante los próximos cinco años.

Desde su masificación en 2022, la IA ha permeado múltiples ámbitos de la vida cotidiana, desde la economía y los procesos productivos hasta la educación y las relaciones

personales. De acuerdo con la III Encuesta Nacional de Percepción de la Inteligencia Artificial, realizada en 2025 por la Universidad Autónoma de Chile, el 58% de las personas reconoce haber utilizado estas herramientas para solicitar consejos relacionados con conflictos amorosos, familiares, de amistad u otras situaciones personales.

El uso de esta tecnología continúa expandiéndose. En comparación con la medición de 2024, la encuesta registró un aumento de 12 puntos porcentuales en su utilización para el trabajo, los estudios, las tareas del hogar y la toma de decisiones. Sin embargo, este avance también plantea desafíos relevantes.

Cerca del 40% de los encuestados declara sentirse poco o nada capaz de distinguir entre contenidos generados por inteligencia artificial y aquellos producidos por personas.

En un escenario donde la capacidad de verificar la información se vuelve cada vez más compleja, emerge una pregunta de fondo: ¿en quién confiar? Según el Edelman Trust Barometer, los científicos y profesores figuran entre las figuras que generan mayores niveles de confianza ciudadana a nivel global. En Chile, la Encuesta Bicentenario UC 2025 muestra una tendencia similar: las universidades encabezan el listado de instituciones en las que más confían las personas, superando

a organismos como las Fuerzas Armadas, Carabineros, la Iglesia Católica, el Gobierno, los tribunales de justicia y el Congreso.

¿Qué papel están llamadas a desempeñar las universidades en este nuevo entorno marcado por la inteligencia artificial, la sobreabundancia de información y los desafíos de la confianza pública? Sobre este tema reflexiona el rector de la Universidad Autónoma de Chile y exministro de Relaciones Exteriores, Dr. Teodoro Ribera.

1. Vivimos una época en que nunca hubo tanta información disponible. Sin embargo, muchas encuestas muestran que la confianza en las instituciones y en las fuentes informativas está disminuyendo. ¿Cómo interpreta esta paradoja?

No creo que exista una contradicción, sino más bien una consecuencia propia de nuestro tiempo. Durante siglos, el acceso a la información fue escaso y estaba concentrado en pocas instituciones. Hoy ocurre exactamente lo contrario: vivimos inmersos en una abundancia informativa sin precedentes. Sin embargo, disponer de más información no implica necesariamente contar con más conocimiento, ni mucho menos con una mejor comprensión de la realidad.

La información, por sí sola, carece de valor si no existe la capacidad de contextualizarla, contrastarla y validarla.

En muchos casos, el exceso de datos, opiniones y contenidos genera el efecto inverso al esperado: confusión, incertidumbre y dificultades para distinguir aquello que es verdadero de aquello que simplemente parece serlo.

La confianza social nunca ha descansado únicamente en la disponibilidad de información. Se construye sobre procesos de validación, evidencia acumulada, transparencia y credibilidad institucional. Cuando esos mecanismos son debilitados o puestos en duda, la confianza se erosiona, incluso en sociedades donde la información circula de manera permanente.

Por ello, uno de los grandes desafíos contemporáneos no consiste solamente en garantizar acceso al conocimiento, sino también en fortalecer las capacidades críticas de las personas para evaluar la calidad de la información que reciben. En ese contexto, la educación adquiere una relevancia estratégica. Una ciudadanía informada no es aquella que consume más contenidos, sino aquella que cuenta con las herramientas intelectuales para analizarlos críticamente y formarse un juicio propio.

2. ¿Qué riesgos observa en una sociedad donde resulta cada vez más difícil distinguir entre contenido auténtico y contenido generado artificialmente?

Las sociedades pueden discrepar legítimamente respecto a una infinidad de temas, pero resulta mucho más complejo sostener un debate público cuando ni siquiera existe acuerdo sobre la realidad que se está discutiendo. Esto puede favorecer la desinformación, amplificar prejuicios, profundizar la polarización y debilitar la confianza entre las personas.

Asimismo, existe el riesgo de que la sospecha se vuelva permanente. Cuando cualquier contenido puede ser cuestionado por su posible origen artificial, incluso la información veraz corre el riesgo de perder credibilidad. En otras palabras, no solo enfrentamos el problema



de las falsedades, sino también la posibilidad de que la verdad deje de ser reconocida como tal.

Desde una perspectiva institucional, esto tiene implicancias profundas para la democracia, la justicia, los procesos electorales y la cohesión social. Las sociedades modernas funcionan sobre la base de la confianza en determinadas reglas, procedimientos y fuentes de conocimiento. Si esa confianza se debilita de manera sistemática, se dificulta la construcción de acuerdos y aumenta la fragmentación social.

Por eso, junto con avanzar en innovación tecnológica, debemos fortalecer la educación, la alfabetización digital y la formación ética. El desafío no es tecnológico, sino esencialmente humano: desarrollar ciudadanos capaces de ejercer pensamiento crítico en un entorno cada vez más complejo.

3. En este escenario, ¿qué papel pueden desempeñar las universidades como instituciones de confianza?

Las universidades tienen una responsabilidad histórica que adquiere una relevancia aún mayor en el contexto actual. Su misión no consiste únicamente en transmitir conocimientos o formar profesionales, sino también en generar conocimiento nuevo mediante la investigación y ponerlo al servicio de la sociedad.

En tiempos donde la información circula de manera instantánea y muchas veces sin filtros, las universidades representan espacios donde las afirmaciones deben someterse a estándares de evidencia, revisión crítica y validación. Ese compromiso con el rigor intelectual constituye uno de sus principales aportes al debate público.

Además, las universidades poseen una característica particularmente valiosa: su vocación de largo plazo. Mientras gran parte de la discusión pública se desarrolla bajo la lógica de la inmediatez, las instituciones



de educación superior están llamadas a analizar los fenómenos con profundidad, perspectiva histórica y fundamentos científicos. Esa capacidad de reflexionar más allá de la contingencia permite ofrecer certezas razonables en medio de escenarios complejos e inciertos. Por supuesto, la confianza no se decreta. Las universidades deben construirla y renovarla permanentemente mediante la calidad de su investigación, la excelencia de su docencia, la transparencia de sus procesos y su compromiso con el desarrollo del país. Cuando una universidad actúa con independencia intelectual y orienta su trabajo al bien común, contribuye significativamente a fortalecer el tejido social.

4. ¿Ve a las universidades como un potencial “ancla de confianza” para la sociedad?

Sí, pero con una precisión importante. Las universidades no deben aspirar a convertirse en autoridades incuestionables. La esencia misma del conocimiento universitario es la discusión, la crítica y la revisión constante. Lo que las convierte en espacios de confianza

no es la ausencia de debate, sino precisamente la existencia de mecanismos rigurosos para examinar y contrastar las ideas.

Son instituciones cuya legitimidad se basa en la búsqueda sistemática de la verdad, en la valoración de la evidencia y en la disposición a corregir errores cuando nuevos antecedentes así lo exigen. Esa actitud intelectual resulta especialmente valiosa en una época donde abundan las opiniones rápidas, las certezas simplificadas y la información no verificada.

Asimismo, las universidades tienen la capacidad de reunir miradas diversas en torno a problemas complejos. En sociedades crecientemente fragmentadas, pueden transformarse en espacios de encuentro donde el diálogo se desarrolla sobre la base del respeto, la argumentación y la búsqueda de soluciones compartidas.

Desde esa perspectiva, su aporte excede ampliamente el ámbito educativo. Las universidades contribuyen a fortalecer la cohesión social, la deliberación democrática y la confianza en la capacidad de las instituciones para responder a los desafíos colectivos. Esa es una función pública que hoy resulta tan relevante como la formación profesional.

5. En una época donde una máquina puede producir respuestas en segundos, ¿qué seguirá haciendo insustituible a una universidad?

Lo que hace insustituible a una universidad es su capacidad para formar personas. La educación superior no consiste únicamente en entregar conocimientos técnicos, sino en desarrollar pensamiento crítico, criterio ético, capacidad de discernimiento y comprensión de la complejidad del mundo. Ninguna tecnología puede reemplazar plenamente ese proceso formativo.

Las casas de estudio también son comunidades de aprendizaje. Son espacios donde estudiantes y académicos dialogan, confrontan ideas, cuestionan supuestos y construyen conocimiento de manera colectiva. Esa experiencia intelectual y humana difícilmente puede ser replicada por una herramienta tecnológica, por sofisticada que sea.

Asimismo, la universidad cumple una función fundamental en la formación de ciudadanos. Las sociedades democráticas necesitan personas capaces de analizar críticamente la información, respetar la diversidad de opiniones y participar responsablemente en los asuntos públicos. Esa dimensión cívica de la educación adquiere aún más importancia en un contexto marcado por la inteligencia artificial.

Finalmente, la universidad seguirá siendo insustituible porque su propósito último no es producir respuestas, sino plantear las preguntas fundamentales. La tecnología puede ofrecer soluciones, pero corresponde a las personas decidir qué problemas vale la pena resolver, qué principios deben orientar esas decisiones y qué tipo de sociedad queremos construir. Esa reflexión, profundamente humana, seguirá siendo el núcleo de la vida universitaria.



02

***Cuando la IA
resuelve, ¿quién
piensa?***





DR. HERNÁN VIGUERA FIGUEROA

Vicerrector Académico, Universidad Autónoma de Chile

Un estudio de Microsoft Research y Carnegie Mellon encuestó a profesionales sobre casi mil usos reales de IA generativa en su trabajo. El hallazgo incomoda precisamente porque la herramienta funciona: cuanto más confiaban en ella, menos pensamiento crítico declaraban ejercer sobre lo que les devolvía. El trabajo se desplazaba de resolver a supervisar, de buscar a verificar. La pregunta que ese dato instala no es tecnológica sino formativa: ¿qué dejamos de ejercitar mientras otro carga el peso?

Durante décadas la educación superior descansó sobre un supuesto razonable: el conocimiento era escaso y difícil de organizar, de modo que quien sabía más, valía más. Ese supuesto se quebró. Cuando la IA produce en segundos un análisis bibliográfico o sintetiza decenas de artículos, la capacidad de procesar y reproducir información, tradicionalmente considerada central en el aula, deja de ser un factor diferenciador. Lo incómodo es

admitir la consecuencia: buena parte de lo que seguimos enseñando y evaluando pertenece a ese modelo agotado. El mercado laboral ya tomó nota. Según el Future of Jobs Report 2025 del Foro Económico Mundial, el 39% de las competencias necesarias hoy habrá cambiado en cinco años; el pensamiento analítico sigue siendo la habilidad más demandada, y las que más crecerán hacia 2030 son resiliencia, flexibilidad, liderazgo y pensamiento creativo. Nada de eso se delega en una máquina; todo eso se atrofia si no se ejercita.

Aquí está el verdadero desafío de las universidades: resignificar sus procesos formativos en torno a capacidades duraderas —enduring capabilities—, aquellas que sobreviven a cualquier versión de la tecnología. Capacidad analítica para interrogar lo que la herramienta devuelve; pensamiento sistémico para situar cada respuesta en un contexto que el modelo no ve; juicio crítico para disentir con fundamento; incluso

sensibilidad estética para distinguir lo correcto de lo logrado. Nada de eso se cultiva prohibiendo la IA ni tolerándola: se cultiva cuando estudiantes y profesores co-crean con ella experiencias de aprendizaje, usándola como interlocutor exigente y no como sustituto del pensar. Someter a juicio un argumento generado, ensayar una decisión bajo presión con la máquina en la mesa, discutir sus respuestas hasta encontrarles el límite: por primera vez hay con qué hacerlo con cada estudiante.

El obstáculo de fondo tiene menos de tecnología y más de coherencia, es decir, la distancia entre lo que se declara formar, lo que enseña y lo que se evalúa, lo que Biggs denominó el “alineamiento constructivo”. Una universidad que se compromete a formar criterio, pero evalúa retención de conocimiento, tiene un problema anterior a cualquier algoritmo, y mientras esa brecha persista, toda incorporación de IA será cosmética.

Cambiar eso no solo exige repensar planes de estudio; exige algo más incómodo, reemplazar los modelos de assesment que focalizan en recordar por aquellos que se centran en evidenciar desempeños relativos a decidir, con argumentos, frente a un problema real, y aceptar — también los académicos— que la IA nos discuta.

Por último, y dado el alcance de la IA en distintos sectores económicos, sería un error entender este desafío como un asunto interno de las universidades, ya que es el problema de cualquiera que hoy delega en una herramienta lo que antes resolvía pensando. El criterio se oxida por falta de uso.

La universidad es uno de los pocos espacios donde esa disputa puede darse a tiempo, cuando la cabeza todavía se está formando. Por eso la pregunta que importa no es si los estudiantes usarán la IA; -la usarán, como todos-, sino si alguien les habrá exigido, alguna vez, pensar con ella y también cuestionarla.



03

***Inteligencia artificial
en la educación
superior: el
aseguramiento de la
calidad como brújula***





DRA. FRANCISCA GÓMEZ GAJARDO

Vicerrectora de Aseguramiento de la Calidad
Universidad Autónoma de Chile

La irrupción de la inteligencia artificial generativa en la educación superior ha sido tan veloz que el debate institucional ha debido adaptarse rápidamente a sus avances. Se habla, con razón, de su potencial para personalizar el aprendizaje, optimizar la gestión y abrir nuevas fronteras de investigación. Sin embargo, desde el aseguramiento de la calidad, la pregunta no es solo qué puede hacer la IA por nuestras universidades, sino cómo protegemos aquello que da sentido a una institución formadora: la validez de los aprendizajes y la confianza pública en los títulos que otorgamos.

El primer desafío es la integridad académica. Cuando una herramienta puede resolver una evaluación en segundos, la pregunta deja de ser cómo detectar su uso indebido y pasa a ser cómo rediseñar la evaluación para que mida lo que realmente importa. Esto exige repensar nuestros instrumentos, privilegiar la demostración de

competencias en contextos auténticos y formar a los docentes en nuevas lógicas evaluativas.

El segundo desafío es la equidad. El acceso desigual a herramientas de IA, a conectividad y a las habilidades para utilizarlas críticamente puede terminar ampliando brechas que como sociedad hemos tardado años en reducir. Una universidad comprometida con la inclusión debe asegurar que la inteligencia artificial no se convierta en un nuevo factor de segregación, sino en una palanca de equidad efectiva para todos sus estudiantes.

El tercer desafío es la gobernanza. Las instituciones necesitamos políticas claras, transparentes y éticamente fundadas sobre el uso de la IA, tanto en la docencia como en la gestión y la investigación. Esto incluye resguardos sobre la privacidad de nuestros datos, transparencia

algorítmica y responsabilidad en la toma de decisiones. La ausencia de un marco institucional no es neutralidad: es delegar en cada actor decisiones que comprometen a toda la organización.

Pero hay un cuarto desafío, quizás el más exigente para quienes trabajamos en aseguramiento de la calidad: actualizar nuestros propios mecanismos. Los sistemas internos de aseguramiento, los procesos de autoevaluación y los criterios de acreditación, en el marco que define la Comisión Nacional de Acreditación (CNA), fueron diseñados para un escenario que la IA está transformando. Si nuestros instrumentos de calidad no evolucionan al ritmo de las prácticas que pretenden cautelar, corren el riesgo de volverse obsoletos. Los sistemas de evaluación institucional no pueden observar esta transformación desde fuera; deben asumir un rol activo en ella.

La experiencia internacional coincide en señalar que la respuesta no es prohibir ni adoptar sin cuestionamientos, sino integrar con criterio. La inteligencia artificial debe estar al servicio del proyecto formativo, y no al revés. Ello supone decisiones institucionales informadas, capacidades instaladas y una cultura de calidad que entienda la tecnología como un medio y nunca como un fin.

En la Universidad Autónoma de Chile asumimos estos desafíos con la convicción de que la calidad no se resguarda desde una lógica retrospectiva, sino anticipando los cambios y poniendo siempre en el centro a las personas y a la integridad de su formación. La inteligencia artificial puede llegar a ser, sin dudas, una aliada poderosa. Que lo sea de manera responsable, equitativa y verificable es, precisamente, la tarea irrenunciable del aseguramiento de la calidad.



04

Ciencia artificial y asimetría global en la producción del conocimiento





DR. IVÁN SUAZO GALDAMES

Vicerrector de Investigación y Doctorados,
Universidad Autónoma de Chile

El artículo *The AI co-scientist is here*, publicado recientemente en la revista científica *Nature Medicine*, ha formalizado una realidad asombrosa: la inteligencia artificial ya no solo conversa, sino que genera hipótesis científicas verificables. Estos sistemas son capaces de anticipar en segundos resultados que a laboratorios de élite les tomó décadas alcanzar.

Desde el hallazgo de fármacos candidatos para enfermedades hepáticas hasta la resolución de problemas genéticos complejos, la llamada co-inteligencia se presenta como un “oráculo”. Sin embargo, como investigadores y autoridades del mundo universitario, debemos mirar más allá del entusiasmo técnico y preguntarnos: ¿Sobre qué mundo está razonando esta inteligencia?

Lo cierto es que estos modelos se entrenan casi

exclusivamente en literatura de acceso abierto y no leen los ensayos negativos (que rara vez se publican), no acceden a los datos clínicos resguardados por acuerdos de confidencialidad, ni procesan lo que fue escrito en revistas que no indexaron los grandes repositorios. Aprenden del mundo tal como la ciencia lo ha documentado hasta ahora, y ese mundo tiene una geografía muy delimitada.

Esto no es una crítica técnica menor. Es una advertencia sobre la naturaleza del conocimiento que la llamada co-inteligencia científica va a producir con mayor eficacia en las próximas décadas.

Y es que la ciencia moderna tiene una distribución profundamente desigual. Las enfermedades que afectan principalmente a los países del norte global acumulan décadas de publicaciones, bases de datos clínicas

robustas y ensayos replicados en múltiples contextos. Las enfermedades tropicales desatendidas, las condiciones de salud que se expresan de forma diferenciada en poblaciones con determinantes genéticos, ambientales o sociales distintos, el conocimiento médico situado que nunca encontró financiamiento para convertirse en paper indexado: todo eso existe en el mundo, pero no existe en los modelos. El co-científico no lo puede imaginar, porque nadie se lo enseñó.

El sociólogo estadounidense Robert Merton describió la ciencia como una empresa regida por el universalismo: el conocimiento no tiene pasaporte; una verdad descubierta en La Araucanía vale lo mismo que una descubierta en Cambridge. Pero esta idea no era una descripción de la realidad y la distribución efectiva de los recursos científicos siempre ha desmentido esa norma. Lo que la co-inteligencia introduce es la posibilidad de que esa asimetría se automatice y se acelere: que los sistemas más potentes de generación de hipótesis operen con mayor precisión y eficacia precisamente en los territorios del conocimiento que ya están mejor documentados.

Para las universidades latinoamericanas, y para Chile en particular, esto no es una inquietud abstracta. Es

una pregunta sobre el tipo de investigación que tiene sentido estratégico cultivar. Si los sistemas de co-inteligencia van a ser más eficaces donde la densidad de datos publicados es mayor, entonces la ventaja comparativa de nuestras instituciones no está en intentar replicar ese modelo con menos recursos, sino en producir el conocimiento que esos sistemas no pueden generar: el conocimiento situado, contextual, enraizado en realidades que la ciencia global no ha mapeado con suficiente resolución.

La investigación sobre los determinantes sociales de enfermedades específicas de nuestro territorio, el estudio de ecosistemas que no aparecen en los grandes conjuntos de datos, el análisis de procesos políticos, institucionales y culturales que solo cobran sentido desde adentro. Ese conocimiento no solo tiene valor intrínseco: tiene, en el mundo que viene, un valor estratégico que todavía no hemos sabido articular como política científica.

El co-científico ya está aquí, como anuncia el título del artículo. La pregunta no es si trabajaremos con él. Es desde qué posición, con qué preguntas y en beneficio de quién.



05

***Vida Universitaria:
Más allá del
Algoritmo***



**DR. MAURICIO VIAL GALLARDO**

Director General de Vida Universitaria y Comunicaciones
Universidad Autónoma de Chile

La irrupción de la inteligencia artificial (IA) en la educación superior no debe entenderse únicamente como una transformación tecnológica, sino como un desafío crítico de gestión institucional. En un entorno donde la digitalización avanza de forma exponencial, las instituciones se ven obligadas a repensar cómo se fomenta el desarrollo integral de las potencialidades de los estudiantes y cómo se garantiza su permanencia y éxito en el proceso formativo. El reto actual para quienes lideran la educación superior consiste en conjugar la eficiencia algorítmica con la profundidad del vínculo humano.

Uno de los pilares fundamentales de esta nueva gestión es la personalización a través del análisis de datos. El uso de la IA y el *machine learning* permite a las instituciones procesar grandes volúmenes de información (*Big Data*) para identificar patrones de conducta de manera

temprana. Desde una perspectiva de gestión orientada a resultados, esta tecnología facilita el tránsito de una administración de masas hacia una que atiende las necesidades individuales de cada alumno, permitiendo diseñar rutas de acompañamiento que fortalezcan el compromiso del estudiante con su entorno académico.

Sin embargo, la tecnología por sí sola no garantiza la calidad educativa. Como bien ha señalado la Dra. Carme Ferré-Pavía, académica de Comunicación y Cultura de la Universidad Autónoma de Barcelona, el esfuerzo de los medios y las instituciones debe centrarse en generar “diálogos con toda la información que compartan, manteniendo una ética de las comunicaciones reflexiva a través del conocimiento”. Esta reflexión es vital: si la gestión universitaria se vuelve puramente algorítmica, corre el riesgo de perder la legitimidad que sólo se construye mediante la confianza y la transparencia.

La evidencia científica, desde la neurocomunicación, revela que la atención es un recurso limitado y que el cerebro prioriza estímulos basados en la carga emocional. Así, la gestión de la vida universitaria enfrenta el desafío de competir en la “economía de la atención”: para asegurar la adherencia al proceso formativo, entendida como la persistencia y compromiso del estudiante, los programas no pueden ser meramente racionales. Deben ser diseñados bajo una arquitectura que genere impacto emocional y sentido de pertenencia.

A veces, en la gestión educativa, parecemos más preocupados por la capacidad tecnológica que por la dimensión humana del aprendizaje. Desde ahí debemos entender que por más que optimicemos sistemas y plataformas, el cerebro del estudiante no se alimenta de la tecnología en sí misma, sino de los significados que logran construir a partir de ella en relación con su propia realidad.

Desde el enfoque de la nueva gestión pública, entendiendo la educación como un bien público, la IA ofrece una oportunidad para reducir la burocracia institucional. Al automatizar tareas rutinarias, permite que las personas dediquen más tiempo a algo insustituible: el diálogo, el acompañamiento y la formación de liderazgo.

Finalmente, el ecosistema digital transforma al estudiante en un “prosumidor” activo, capaz de participar en la creación de conocimiento y en el desarrollo de la vida universitaria. En este contexto, una gestión exitosa será aquella que logre utilizar la tecnología para fortalecer la presencia, la curiosidad y la participación del estudiante, asegurando que el proceso formativo sea una experiencia emocionalmente significativa y socialmente relevante. En nuestro caso, una ExperienciaUA.



06

La inteligencia artificial y el riesgo de reproducir desigualdades





DR. VÍCTOR R. YÁÑEZ PEREIRA

Director Académico de Postgrados,
Universidad Autónoma de Chile

Hoy en día, la inteligencia artificial (IA) se configura como un catalizador dual en la sociedad contemporánea. Por un lado, tiene el potencial de eliminar barreras sistémicas; pero, por otro, presenta el riesgo de reproducir y amplificar desigualdades preexistentes. Esto nos lleva a entender que no se trata de una tecnología neutral; refleja tanto los avances como los sesgos de la sociedad, lo que exige un análisis riguroso de sus implicaciones éticas y sociales.

Uno de los factores que perpetúan la exclusión es la naturaleza de los datos utilizados para entrenar los algoritmos de aprendizaje automático. Estos datos, a menudo históricos, codifican prejuicios y asimetrías de poder (Unión Europea, 2021). Por ejemplo, las plataformas de generación de imágenes por IA tienden a producir resultados estereotipados, priorizando rasgos físicos

occidentales y apariencias de género convencionales, mismo fenómeno que ocurre en otros ámbitos de la vida social.

En esta dinámica, la brecha digital desempeña un papel fundamental. Según el Foro Económico Mundial (2025), alrededor de 2.600 millones de personas, -aproximadamente un tercio de la población mundial-, carecen de acceso a internet, lo que impide que los segmentos más vulnerables se beneficien de las oportunidades que ofrece la IA. Este escenario, sin duda, exacerba la desigualdad social y económica presente en las sociedades contemporáneas.

No obstante, la IA también puede ser un medio poderoso para la inclusión y la equidad, siempre que se diseñe con un enfoque ético y centrado en la condición humana.

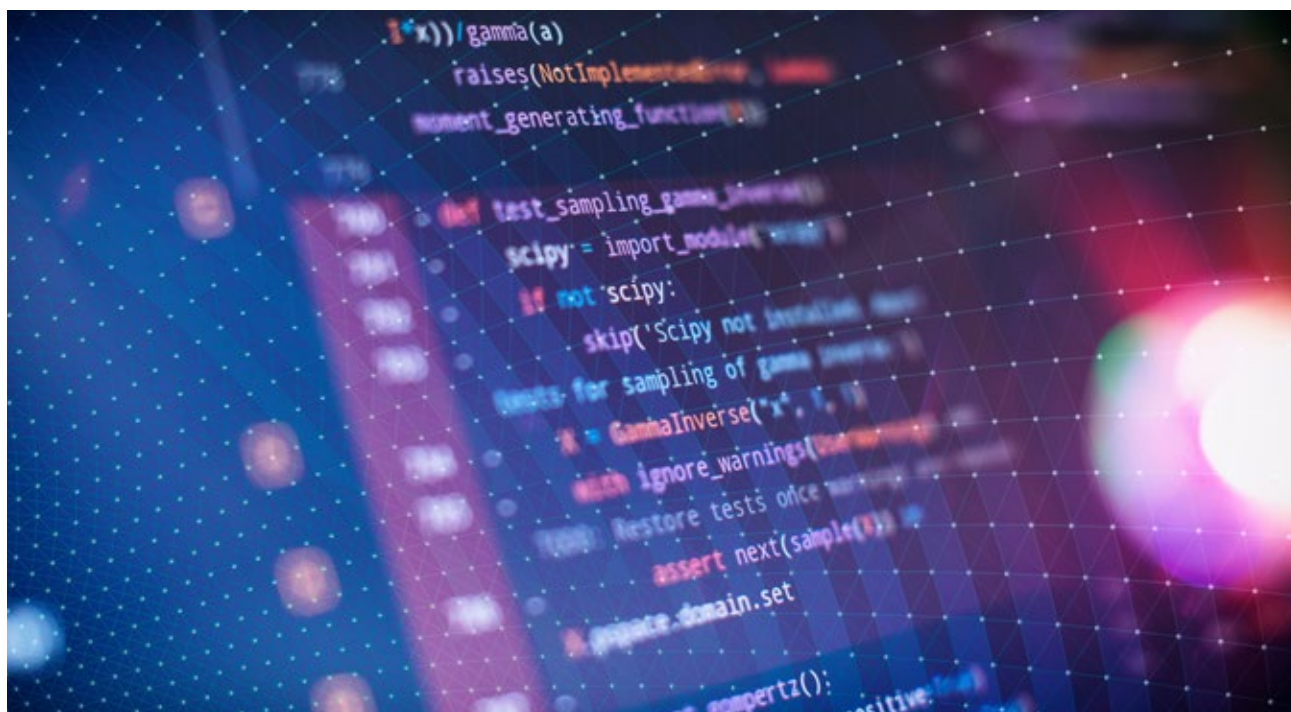
En el ámbito educativo, por ejemplo, las tecnologías adaptativas han demostrado ser efectivas al personalizar el aprendizaje y ofrecer apoyo individualizado, mejorando así el rendimiento académico de estudiantes diversos (Javed, 2024).

En este contexto, la gobernanza ética se vuelve esencial para asegurar que la tecnología contribuya a reducir disparidades y ampliar oportunidades, estableciendo estructuras, políticas y prácticas que aseguren que la IA se alinee con principios fundamentales como la integridad, la transparencia, la rendición de cuentas y el respeto por los derechos de las ciudadanías. Para lograr este objetivo, es crucial que desde la raíz del código se rompa con la subrepresentación de mujeres, minorías raciales y grupos socioeconómicos desfavorecidos en tales desarrollos.

En este contexto, las instituciones desempeñan un papel clave en la creación de políticas y regulaciones que promuevan el uso ético de esta tecnología. Esto incluye normativas que prohíban la discriminación algorítmica

en el empleo, educación o el ecosistema financiero, así como la exigencia de que las organizaciones, tanto públicas como privadas, informen sobre cómo entrenan y evalúan sus algoritmos. Además, es indispensable establecer organismos independientes y con probidad estatal que supervisen el desarrollo y la implementación de estos sistemas, garantizando minimizar inequidades.

La educación sobre IA y sus implicaciones es esencial para estimular un debate informado sobre su uso, preparándonos así para enfrentar los desafíos globales que conlleva. En ese sentido, la UNESCO (2024) destaca la importancia de la cooperación para establecer estándares éticos comunes, cultivando un potencial democratizador para garantizar que la IA actúe en favor de la inclusión y no como un perpetuador de desigualdades. La mediación ética, entonces, se vuelve fundamental para acceder de manera justa a las oportunidades que ofrece la tecnología, potenciando ciudadanías reflexivas y críticas que la utilicen de manera socialmente responsable.



07

Construir ciudadanía en la era de la inteligencia artificial





HUMBERTO SALAS JARA

Director Corporativo de Vinculación con el Medio
Universidad Autónoma de Chile

Cada época redefine aquello que considera indispensable para participar plenamente de la vida social. Hubo un tiempo en que alfabetizar significó enseñar a leer y escribir; más tarde, incorporar capacidades científicas y digitales. Hoy, en cambio, comenzamos a enfrentar un desafío de otra naturaleza que implica formar ciudadanos capaces de comprender, interpretar y participar críticamente en un mundo crecientemente mediado por sistemas inteligentes.

La discusión sobre estas tecnologías suele organizarse en torno a infraestructura, regulación e integración. Sin embargo, una lectura más profunda sugiere que el problema central es otro y guarda relación con la distribución social del conocimiento. La evidencia reciente muestra que los algoritmos no operan en un vacío neutral, aprenden sobre datos producidos por sociedades y comunidades; en consecuencia, pueden

reproducir sesgos, amplificar exclusiones y consolidar nuevas asimetrías en el acceso a oportunidades.

Desde esta perspectiva, la discusión sobre la inteligencia artificial excede el plano tecnológico, pues no basta con formar usuarios eficientes de nuevas herramientas, sino personas capaces de comprenderlas, cuestionarlas y participar activamente en su orientación. Se requiere construir capacidades para comprender cómo funcionan los sistemas automatizados, reconocer sus límites, interpretar críticamente sus resultados y participar deliberativamente en las decisiones sobre su diseño y uso. En otras palabras, el desafío trasciende la dimensión instrumental y se instala en el ámbito pedagógico, ético y ciudadano.

Aquí emerge una responsabilidad histórica para las universidades. Durante mucho tiempo, la misión

universitaria fue concebida como producción de conocimiento, formación profesional y transferencia científica. Sin embargo, en la era algorítmica estas funciones resultan insuficientes si no se acompañan de un compromiso más decidido con la apropiación social del conocimiento.

En este escenario, la vinculación con el medio adquiere una especial relevancia, pues promueve relaciones bidireccionales de construcción compartida donde el conocimiento especializado entra en diálogo con las capacidades, necesidades y experiencias del territorio.

Acercar la inteligencia artificial a la ciudadanía no significa trasladar laboratorios hacia las comunidades ni convertir a las personas en desarrolladores tecnológicos. Implica promover nuevas alfabetizaciones digitales que permitan comprender críticamente el funcionamiento, alcance e impacto de los sistemas

inteligentes, generando espacios de apropiación social del conocimiento donde estudiantes, académicos, organizaciones, municipios, escuelas y comunidades aprendan conjuntamente.

Lo anterior exige abandonar una visión tecnocrática del desarrollo y comprender que educar supone formar personas capaces de interpretar críticamente el conocimiento y reflexionar sobre su impacto en la sociedad. Aplicado a nuestro tiempo, implica desarrollar ciudadanos que no solo utilicen inteligencia artificial, sino que comprendan quién la diseña, sobre qué datos se construye, qué intereses refleja y cómo sus efectos se expresan y distribuyen socialmente. Quizás allí radique uno de los desafíos más exigentes y nobles de las universidades del mañana; no solo preparar profesionales para convivir con sistemas inteligentes, sino contribuir a construir una sociedad crítica, ética y capaz de orientar colectivamente su desarrollo.



08

Un desafío más para la educación





SARA ROJAS CAIPILLÁN

Líder de la Oficina de Inteligencia artificial de la Vicerrectoría de Tecnologías de la Información, Universidad de Chile

El desafío central de la educación superior en la era de la inteligencia artificial generativa no solo trasciende a la simple regulación de su uso, sino que radica principalmente en la urgencia de construir comunidades que la exploren, la cuestionen y la apropien con visión crítica.

Cuando una organización se enfrenta a la irrupción de la inteligencia artificial generativa, su primera respuesta suele ser normativa: se redactan lineamientos, se publican políticas de uso, se define qué está permitido y qué no. Es una reacción comprensible y necesaria, pero insuficiente.

Gobernar la IA generativa al interior de una universidad no es equivalente a regularla. La gobernanza real implica crear las condiciones institucionales para que



la comunidad educativa en todas sus dimensiones explore usos éticos y responsables de esta tecnología, evalúe su pertinencia según el contexto específico de cada área y tome decisiones informadas sobre cómo enfrentar los desafíos que implica. Eso no ocurre por decreto, sino que, al generar instancias organizadas y sostenidas en el tiempo, donde docentes, estudiantes y equipos administrativos pueden preguntarse colectiva e individualmente qué significa usar la IA generativa de forma correcta en su propio quehacer.

Esta distinción importa porque el riesgo no es solo que la IA generativa se mal utilice, sino que ello ocurra sin pensar, delegando nuestro aprendizaje y capacidad de razonar a las máquinas. Los modelos de inteligencia artificial generativa son, en última instancia, algoritmos entrenados con datos que reflejan sesgos culturales, lingüísticos e históricos. No tienen la capacidad de cubrir todos los puntos de vista con la profundidad y el matiz que puede ofrecer una persona experta. Este reconocimiento es el punto de partida para comenzar a integrar la tecnología en nuestro día a día de forma que nos apoye en el qué hacer, pero siempre desde una perspectiva crítica. Y ese reconocimiento no emerge solo, sino que requiere de espacios pedagógicos donde se analice, cuestione y converse. Los ejercicios en aula guiados por docentes, son precisamente eso, instancias donde los estudiantes pueden contrastar aquello que la IA generativa produce con lo que el conocimiento disciplinar exige, aprender a identificar sus limitaciones y desarrollar un juicio propio frente a sus respuestas. No se trata de desconfiar de la tecnología, sino de no delegar el juicio.

La inteligencia artificial generativa promete personalizar

y democratizar el aprendizaje, adaptar contenidos a distintos ritmos, estilos y necesidades, ampliando el acceso a experiencias educativas de calidad. Lo que en gran medida ya se puede realizar, pero requiere más que solo un prompt.

El potencial de la IA generativa se libera cuando quien la conduce tiene la experiencia para evaluarla, corregirla y orientarla. Un docente con un entendimiento disciplinar sólido puede usar la IA generativa para diseñar experiencias de aprendizaje más ricas, inclusivas y pertinentes para sus estudiantes. No porque la tecnología le reemplace, sino porque la experiencia le guía respecto de qué pedirle, cómo interpretar lo que entrega y dónde las respuestas son insuficientes. La IA generativa amplifica las capacidades del docente, y el juicio de este, multiplica el valor que la tecnología entrega a los estudiantes.

Esto tiene una consecuencia institucional directa. Si el mayor potencial de la IA generativa en educación depende del criterio de quienes la usan, entonces la tarea central de la universidad no es solamente definir qué está permitido, sino invertir en desarrollar ese criterio de forma organizada y continua. Eso es gobernanza activa. Llevar la política o lineamientos internos a una práctica institucional, capaz de reconocer que cada área de la universidad tiene preguntas propias frente a esta tecnología y merece espacios para responderlas con rigor y autonomía.

La educación tiene una oportunidad histórica frente a esta nueva tecnología y aprovecharla exige no solo adaptarse, sino que también aumentar esfuerzos en fortalecer nuestro pensamiento crítico.

09

Internacionalización universitaria: nuevos desafíos para una ciudadanía global competente



OPINIÓN



ANA MARÍA HEREDIA RODRÍGUEZ

Directora de Relaciones Internacionales e Interinstitucionales
Universidad La Gran Colombia Seccional Armenia

La globalización, concepto popularizado por Theodore Levitt en 1983 para describir la integración de los mercados, tiene raíces históricas mucho más antiguas. Desde la expansión europea del siglo XV hasta la consolidación del comercio internacional tras la Segunda Guerra Mundial, este proceso ha transformado la economía, la cultura y las relaciones humanas a escala mundial.

Hoy la globalización va más allá de los ámbitos económicos y plantea un desafío educativo fundamental: formar ciudadanos globales capaces de comprender y actuar en contextos cada vez más interconectados.

La UNESCO sostiene que la Educación para la Ciudadanía Mundial contribuye al desarrollo sostenible, la paz y el respeto por la diversidad. Por lo tanto, ser ciudadano

global ya no se limita a la posibilidad de viajar o conocer otros países, sino que implica desarrollar competencias interculturales, pensamiento crítico, capacidad de adaptación y comprensión de los desafíos globales actuales.

La educación superior tiene un papel central en este desafío. Durante décadas, la internacionalización universitaria estuvo asociada principalmente a convenios y programas de movilidad estudiantil. Sin embargo, el avance de las tecnologías digitales ha ampliado significativamente sus posibilidades. Hoy, la cooperación académica internacional también se desarrolla mediante clases virtuales compartidas, proyectos colaborativos, redes globales de investigación y experiencias de aprendizaje que conectan a estudiantes y docentes de distintos países sin necesidad de desplazarse físicamente ni tener un idioma común.

La inteligencia artificial (IA) se ha convertido en un factor clave de esta transformación. Aunque sus inicios se remontan a 1950, cuando Alan Turing planteó la pregunta “¿Pueden pensar las máquinas?”, su desarrollo reciente la ha consolidado como una de las tecnologías más influyentes del siglo XXI. Actualmente participa en procesos educativos, científicos, empresariales y gubernamentales, generando nuevas oportunidades para la internacionalización universitaria.

Este contexto obliga a reflexionar sobre las competencias globales que requieren los ciudadanos. La OCDE las define como la capacidad de analizar problemáticas internacionales, comprender diversas perspectivas culturales e interactuar de manera efectiva y respetuosa con personas de distintos contextos. A ello se suman habilidades digitales y tecnológicas cada vez más relevantes en una sociedad donde gran parte de las interacciones ocurre en entornos virtuales.

El Foro Económico Mundial ha destacado competencias especialmente relevantes para este nuevo escenario: resolución de problemas complejos, análisis de datos, toma de decisiones basada en evidencia, comunicación intercultural, liderazgo, adaptabilidad, sostenibilidad e inteligencia emocional. Todas ellas adquieren una nueva dimensión en un mundo donde la IA influye crecientemente en la forma en que aprendemos, trabajamos y nos relacionamos.

Desde la perspectiva universitaria, la IA abre oportunidades inéditas para fortalecer la internacionalización. Herramientas de traducción automática, asistentes inteligentes, plataformas colaborativas y entornos virtuales facilitan la interacción académica entre personas de diferentes países, reduciendo barreras geográficas, lingüísticas y económicas.

Sin embargo, estos avances también plantean desafíos. La desinformación, las brechas digitales y los riesgos asociados al uso poco ético de la tecnología exigen formar ciudadanos capaces de utilizar la IA de manera crítica y responsable. Por ello, la internacionalización de la educación superior ya no se trata sólo de conectar instituciones y territorios, sino de desarrollar personas con visión global, competencias digitales y sólidos criterios éticos.

En definitiva, la inteligencia artificial puede llegar a ser una poderosa aliada para fortalecer la ciudadanía global. No obstante, su verdadero potencial dependerá de la capacidad de las universidades para formar profesionales preparados para comprender, colaborar y liderar en un mundo crecientemente interconectado.



10

Formación en Trabajo Social e IA: innovaciones y desafíos



OPINIÓN



ADRIANA AGUINAGA

Docente e investigadora de la Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.



DANIELA SALA

Prosecretaria de Enseñanza, docente e investigadora de la Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.



CANELA GAVRILA

Secretaria de Posgrado, docente e investigadora de la Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata.

En la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de La Plata (FTS-UNLP), incorporar la Inteligencia artificial (IA) como parte de la agenda institucional ha sido una necesidad imperante dada la preocupación por el impacto de estas tecnologías digitales en los procesos de enseñanza y de aprendizajes, así como de producción de conocimiento que deben afrontar tanto los equipos docentes, de investigación, de extensión y la gestión académica de las carreras de grado y de posgrado.

Las propias experiencias del uso de IA que traen especialmente estudiantes a las aulas de la facultad nos invitan a diseñar una respuesta institucional concreta: organizar encuentros que pongan en tensión y debate los usos de estas herramientas digitales en la educación superior, en el marco del paradigma relacional y no instrumental, como lo enmarcan variadas investigaciones de la temática. Se generan diversos espacios genuinos de diálogo entre docentes y

especialistas que nos permiten pensar colectivamente líneas de acción frente a los desafíos, inquietudes y oportunidades que plantea el uso crítico de la IA y la IA generativa en las aulas universitarias.

¿A qué nos referimos cuando hablamos de IA? Podríamos definirla, siguiendo a Leslie et al. (2021), como ese conjunto de modelos algorítmicos capaces de realizar funciones cognitivas o perceptivas —razonar, aprender, procesar lenguaje natural, tomar decisiones, reconocer patrones— que hasta hace poco parecían exclusivas del pensamiento humano (González y Vallejos, 2023). Sin embargo, asumimos este término con conciencia de sus críticas: ¿podemos llamar “inteligencia” a lo que emerge de máquinas y algoritmos sin caer en una peligrosa antropomorfización? Como señala Silvina Casablanco (2024), quizás no se trate de inteligencia, sino de algoritmos que acompañan, agilizan y potencian situaciones concretas, como las de

enseñanza. Usamos, entonces, la categoría “IA” por su potencia identificatoria, no por ingenuidad conceptual.

En principio lo que se busca institucionalmente a través de diversas acciones, es encontrar algunos consensos para su uso, por eso creemos que es un momento incipiente pero que constantemente nos interpela por la novedad que implica.

A continuación, se presentan algunos debates presentes y otros que creemos necesarios en relación con un conjunto de tensiones y acuerdos:

1. Desconocimiento y necesidad de formación docente: la falta de dominio técnico y pedagógico sobre herramientas de IA implican dificultad para evaluar la variedad de herramientas disponibles y sus aplicaciones específicas para realizar un uso crítico y didáctico.

2. Riesgo de uso acrítico y sustitutivo por parte de estudiantes: el uso de la IA para elaborar resúmenes, trabajos o respuestas sin lectura previa ni reflexión profunda puede afectar el desarrollo de habilidades de análisis y comprensión de textos académicos. Frente a ello, las instituciones deben replantear las consignas y mecanismos de evaluación.

3. Tensión entre innovación y tradición pedagógica: se pretende un equilibrio entre IA y métodos clásicos, buscando integrar la tecnología sin abandonar la lectura analítica, la escritura propia y el debate en el aula.

4. La IA como “atajo” o como herramienta colaborativa y la necesidad de análisis de sesgos y confiabilidad: desafíos éticos y pedagógicos de enseñar a identificar errores o limitaciones en las respuestas que entrega la inteligencia artificial. También el debate sobre la originalidad, autoría y la necesidad de explicitar su uso.

Como colectivo debemos afrontar una discusión profunda y definir una posición respecto a la ciudadanía digital. Si el Trabajo Social busca promover la ciudadanía, resulta imprescindible reconocer que esta hoy incluye también una dimensión digital. Sin embargo, este aspecto aún parece ocupar un lugar secundario en el debate profesional.

Creemos que estamos ante una transformación silenciosa de las prácticas docentes y profesionales que exceden el marco de nuestra profesión y nos exigen construir marcos comunes para América Latina, apuntando y fortaleciendo el desarrollo de la soberanía tecnológica universitaria.



**+ de
180**
diplomados

**+ de
40**
magíster

8
especialidades

**+ de
20.000**
estudiantes

ESCANEA AQUÍ PARA MÁS INFORMACIÓN



Modalidades

Presencial: Santiago • Talca • Temuco | **Híbrida** | **Online:** Campus Virtual

POSTGRADOS UAUTÓNOMA



MÁS UNIVERSIDAD

• Sede Santiago
223036191
postgrados@uautonoma.cl

• Sede Talca
712735521
postgrados@uautonoma.cl

• Sede Temuco
452895037
postgrados@uautonoma.cl

Revisa nuestros datos y rankings



 @postgrados.uautonoma
 @postgradosuautonoma
 @postgradosua

■ postgrados.uautonoma.cl



ACREDITACIÓN INTERNACIONAL
6 AÑOS
AGENTUR FÜR QUALITÄTSSICHERUNG DURCH ANKKREDITIERUNG VON STUDIENGÄNGEN E.V.
2021 - 2027

